

para invalidar sus razones. Lo poco que yo añada será para esforzarlas.

El sér espiritual de la mujer no me parece, con todo, igual al del hombre, sino radicalmente distinto. Lo que el espíritu de ellas concibe sería, á mi ver, monstruoso, si no diese señales de que es de mujer. Mas esta desigualdad no implica diferencia de valer, ni presupone inferioridad mucho ménos. La diferencia está en las condiciones y calidades: en algo que se siente de un modo confuso y que es difícil de determinar y de expresar.

Pero la diferencia existe, y, aunque no sea más que por esta diferencia, deben escribir las mujeres. Si sólo escriben los hombres, la manifestacion del espíritu humano se dará á medias: sólo se conocerá bien la mitad del pensar y del sentir de nuestro linaje. En los pueblos donde la mujer vive envilecida en la servidumbre, y no se la deja educarse y saber, la civilizacion no llega jamás á completo florecimiento: ántes de llegar, se corrompe ó se marchita. Es como si al alma colectiva de la nacion ó casta donde esto ocurre se le cortase una de las alas. Es como sér vivo que tiene la mitad de su organismo atrofiado ó inerte por la parálisis.

Si el alma de la mujer es diferente de la

nuestra, hasta en la operacion más inmaterial debe notarse. Y yo creo justo y consolador sostener esta diferencia. Si yo cayese en la tentacion de hacerme espiritista y de dar fe á la *palíngenesia*, *metempsícosis*, ó como quiera llamarse, imaginando que renacemos en otros astros y mundos de los que pueblan el éter insondable, entendería que la mujer siempre quedaba mujer; pues tendría yo una desazon grandísima si me volviese á hallar, en Urano ó en Júpiter, con la linda señora, á quien hubiese amado en nuestro planeta, aunque fuese de un amor más platónico que el de Petrarca por Laura, convertida en caballero ó en algo equivalente, segun los usos de por allá.

No puede ser mero accidente orgánico el ser de un sexo ó de otro, sino calidad esencial del espíritu que informa el cuerpo.

Repito, no obstante, que no implica esto que se dé inferioridad en las mujeres, ni en el alma ni en los órganos que la sirven. Los españoles nos hemos inclinado siempre á creerlas superiores en todo. El sublime concepto que de ellas tenemos se cifra en cierta sentencia que Calderon, no una, sino varias veces, pone en boca de sus galanes:

Que si el hombre es breve mundo,
la mujer es breve cielo.

Recuerdo que Juan de Espinosa, en cierto *diálogo* que escribió *en laude de las mujeres*, titulado *Ginaeceptaenos*, se extrema en ponderar lo superiores que son en todo las mujeres, valiéndose para ello de las doctrinas escolásticas, de la historia, de la teología y de los argumentos más raros y sutiles. Dice, por ejemplo, con *darwinismo* profético y piadoso, que Dios sacó de lo ménos acabado y perfecto lo más perfecto y acabado. Del hombre sacó á la mujer, no sin menoscabo y detrimento, pues que le sacó una costilla; y de la mujer, sin detrimento ni menoscabo alguno, sacó un perfectísimo varon, en quien quiso humanarse. Otra observacion no ménos curiosa del *Ginaeceptaenos* es que el hombre fué creado por Dios en cualquiera parte, miéntras que á la mujer la creó Dios en el Paraíso.

Dejando á un lado estas cuestiones, sobrado profundas, digo que la mujer, aun cuando no escriba, influye benéficamente inspirando lo mejor de cuanto se escribe. ¿Qué poesía, qué drama, qué leyenda, qué novela, no tiene por asunto principal el amor de la mujer? Inspirado

por su amor y deseoso de conquistar su amor, canta casi siempre el poeta. Mas no contentas las mujeres con tanta gloria, no satisfechas de inspirar sólo, han querido y debido escribir tambien, á fin de que una de las facces de nuestro espíritu, colectivamente considerado, no quede en la sombra, sin dejar rastro y sin dar razon permanente de sí.

El nuevo académico, concretándose á nuestra patria, ha hablado con elogio merecido y ha hecho el recuento de las mejores escritoras que enriquecen el idioma castellano con sus producciones.

Es evidente que, en un discurso que por fuerza no ha de extenderse demasiado, no puede esto hacerse por completo. España ha sido tierra fecundísima en escritoras, y el Conde de Casa-Valencia ha tenido que hablar poco de las que ha hablado y que dejar de hablar de muchas.

Con más reposo y tiempo, que los que tengo ahora, no me sería difícil, ya que no completar, añadir algo, citando otras autoras de la época cristiana, y hasta hablando de las poetisas musulmicas, que las hubo en gran número y muy notables.

Un compañero nuestro, el académico corres-

pondiente D. Gumersindo Laverde, pronto, por dicha, llenará este vacío. Sé que reúne noticias con diligencia, y que escribe sobre el asunto. Yo espero que Dios mejore su quebrantada salud, así por lo mucho que estimo y quiero á tan laborioso, entendido y modesto amigo, como para que el público goce del libro que acerca de las escritoras españolas está componiendo, y que será de seguro bueno y provechoso; como toda obra suya.

Quisiera yo, no obstante, añadir aquí algo, sobre lo que ha dicho el Sr. Conde, en alabanza de nuestra gran poetisa doña Gertrudis Gomez de Avellaneda; pero temo repetir lo que ya en algunos escritos míos, á que me remito, dije de sus obras líricas y de alguna dramática.

La premura del tiempo me incita además á no hablar de la gran poetisa, para consagrarme todo, en lo que puedo decir aún sin fatigar vuestra atención, á otra mujer, á otra poetisa harto más asombrosa, hija de nuestra España y una de sus glorias mayores y más puras; la cual, aún considerándolo todo profanamente, me atrevo á decir, sin pecar de hiperbólico, que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.

Mi pluma tal vez la ofenda por torpe é inhábil;

pero mi intento es sano y de vivo entusiasmo nacido. Mi admiración y mi devoción son tales, que si respondiese mi capacidad á mi afecto, diría yo algo digno y grande en su elogio.

Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, á la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner á Shakspeare, á Dante, y quizás al Ariosto y á Camoens; Fenelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan á ellos; pero toda mujer, que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aún queda inmensamente por bajo, comparada á Santa Teresa.

Y no la ensalzo yo como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los santos, los doctores y los prelados sus contemporáneos la ensalzaban. No voy á hablar de ella impulsado por la fe poderosa que alentaba á San Pedro Alcántara, á San Francisco de Borja, á San Juan de la Cruz, al venerable Juan de Avila, á Bañes, á Fray Luis de Leon, al Padre Gracian, y á tantas otras lumbreras de la Iglesia y de la sociedad española, en la edad de oro de nuestra monarquía; ni con el candor con que la amaban y veneraban todos aquellos sencillos

corazones que ella robó con su palabra y con su trato para dárselos á su Esposo Cristo; sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo; incrédulo tal vez; con otros pensamientos, con otras aspiraciones, y, como ahora se dice, con otros ideales.

En verdad que no es este el punto de vista mejor para hablar de la Santa; pero yo apenas puedo tomar otro. No hay método además que no tenga sus ventajas.

Para las personas piadosas es inútil que yo me esfuerce. Por razones más altas que las mías, comparten mi admiración. Y en dicho sentido, nada acertaría á escribir yo que ya no hubiesen escrito tantos teólogos y doctores católicos de España, Alemania, Francia, Italia y otras naciones, devotos todos de la admirable monja de Avila, y que, en diversas lenguas y en épocas distintas, elogiaron sus virtudes, contaron su vida y difundieron su inspirada enseñanza.

Aunque este escrito mio no fuese improvisado, aunque me diesen años y no horas para escribirle, nada nuevo podría añadir yo de noticias biográficas, bibliográficas y críticas, despues de la edición completa de las obras de la Santa, hecha por D. Vicente de la Fuente, con envidiable amor, con afanoso esmero y con saber profundo.

Véome, pues, reducido á tener que hablar de la Santa sólo como profano en todos sentidos.

Mis palabras no serán más que una excitación para que alguien, con la ciencia y el reposo de que carezco, no en breve disertación sino en libro, exponga por el método que hoy priva aquella doctrina suya, que Fray Luis de Leon llamaba *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron*.

Algo de esto ha hecho, para vergüenza nuestra, un escritor francés, Pablo Rousselot, en libro que titula *Los místicos españoles*, donde, si deja mucho que desear, aún nos da más que agradecer, ya que ha sido el primero en tratar el asunto como filósofo, moviendo á algunos españoles, á par que á impugnarle y completarle, á imitarle y á seguir sus huellas. Tales son un distinguido compañero nuestro, que no nombro, porque está presente y ofendería su modestia, y el filósofo espiritualista de Béjar, D. Nicomedes Martin Mateos, á quien me complazco en mentar aquí y con cuya buena amistad me honro.

La dificultad de decir algo nuevo y atinado de Santa Teresa crece al considerar lo fecundo y vario de su ingenio y la multitud de sus escritos; y más aún si tenemos en cuenta que su filosofía, *la más alta y más generosa*, no es mera especu-

lacion, sino que se trasforma en hechos y toda se ejecuta. No es misticismo inerte, egoista y solitario el suyo, sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobó; desde la cámara del vino donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, porque él le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente; y embriagada con el vino suavísimo del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien, y ya no *muere porque no muere*, sino que anhela vivir para serle útil, y padecer por él, y consagrarle toda la actividad de su briosa y rica existencia.

Pero áun prescindiendo aquí de la vida activa de la Santa y hasta de los preceptos y máximas y exhortaciones con que se prepara á esta vida y prepara á los que la siguen, lo cual constituye una admirable suma de moral y una sublime doctrina ascética, ¡cuánto no hay que admirar en los escritos de Santa Teresa!

Divertida y embelesada la atención en tanta riqueza y hermosura como contienen, no sabe el pensamiento dónde fijarse, ni por dónde empezar, ni acierta á poner orden en las palabras.

A fin de decir, sin emplear muchas, algo dig-

no de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiracion que la agitaba y que movia al escribir su mente y su mano; un asomo de aquel estro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veian con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecia imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, áun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decia la estorbasen.

No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática, ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada habia estudiado en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparacion más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo sér.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos desapasio-

nados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente. Es un milagro que crece y llega á su colmo en su último libro; en la más perfecta de sus obras: en *El Castillo interior ó las Moradas*.

La misma Santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte*. ¡En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entónces, como dice el Sr. La Fuente, «una anciana de sesenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento harto pobre, despues de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos.»

Así escribió su libro celestial. Así, con infalible acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme las había oído en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y oscuro de la mente; en mostrarnos, con poderosa magia, el mundo interior, el cielo empíreo, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

Su confesor el Padre Gracian y otros teólogos, con sana intencion sin duda, tacharon frases y palabras de la Santa y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y en habla castellana, Fray Luis de Leon, vino á tiempo para decir que se podrian excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar á quien leyere *El Castillo interior* «que lea como escribió la Santa Madre, que lo entendia y decia mejor, y deje todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa délo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado ó borrado de su misma mano, que es pocas veces.» Y en otro lugar dice el mismo Fray Luis, en loor de la escritora, y censurando á los que la corrigieron: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe, ántes que acabe la razon que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente y hace con tan bue-

»na gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura.»

Entiendo yo, señores, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la Santa, y singularmente de *El Castillo interior*, que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, aún miradas sólo como dechado y modelo de lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado á principios de este siglo y con todos los resabios del enciclopedia francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo á Santa Teresa y á ámbos Luises, y me decía que era por el deleite que le causaba la dición de estos autores; pero que él prescindía del sentido, que le importaba poquísimo. El razonamiento de mi amigo me parecía absurdo. Yo no comprendo que puedan gustar frases, ni períodos, por sonoros, dulces ó enérgicos que sean, si no tienen sentido, ó si de sentido se prescinde por anacrónico, enojoso ó pueril. Y sin callarme esta opinion mia, y mostrándome entónces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo, que así en las obras de ámbos Luises, como en las de Santa Teresa, aun

renegando de toda religion positiva, aún no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender, y no poco de que maravillarse, y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrian nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido sustancial, y sin sentir conforme al nuestro, esto es, humano y propio y vivo siempre en todas las edades y en todas las civilizaciones, miéntras nuestro sér y condición natural duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia á su aplicacion á las obras de la Santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la *Vida*, en *El Camino de perfeccion*, en los *Conceptos de amor divino* y en las *Cartas* y en *Las Moradas*, un interés inmortal, un valer imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, y bellezas de fondo, que las bellezas de la forma no mejoran sino hacen patentes y visibles?

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicacion de la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamientos no cabe y no se descubre en los caminos por donde la Santa llega á la ciencia, la comprende y la enseña y declara?

Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observacion, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la oscuridad, iluminándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su sér interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede á nuestros místicos, y sobre todo á Santa Teresa, este gran valor psicológico: la compara con Descartes: dice que Leibniz la admiraba; pero Rousselot niega casi la trascendencia, la virtud, la inspiracion metafísica de la Santa.

Puntos son estos tan difíciles, que ni son para tratados de ligera, ni por pluma tan mal cortada é inteligencia tan baja como la mia.

Me limitaré sólo á decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las Moradas*, la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado á la cumbre de la metafísica, y tiene la vision intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera é irre-

sistible aparicion de la verdad en la palabra misma.

El alma de la Santa es un alma hermosísima, que ella nos muestra con sencillo candor: esta es su psicología: pero, hundiéndose luégo la Santa en los abismos de esa alma, nos arrebatada en pos de sí, y ya no es su alma lo que vemos, sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito, y más rico que el universo, y más luminoso que un mar de soles. La mente se pierde y se confunde con lo divino; mas no queda allí aniquilada é inerte; allí entiende aunque es pasiva; pero luego resurge y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive con el cuerpo, corroborada por aquel baño celestial, y capacitada y pronta para la accion, para el bien y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar en esta existencia terrena.

Lo que la Santa escribe como quien cuenta una peregrinación misteriosa, lo que refiere como refiere el viajero lo que ha visto, cuando vuelve de su viaje, no ganaria, á mi ver, reducido á un órden dialéctico: ántes perdería; pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase á hacer este estudio para probar que hay una filosofía de Santa Teresa.

Yo, señores académicos, deseoso de respon-

der pronto y lo ménos mal que pudiera á mi pariente y amigo, me comprometí para hacerlo hoy, sin contar con los males y desazones que en estos días han caído sobre mí. He tenido poco tiempo de que disponer: tres días no más, por esto he sido más desordenado é incoherente que de costumbre. Vosotros, con vuestra indulgencia acostumbrada, me lo perdonareis. Así me lo perdone tambien este escogido auditorio, y el público luégo.

La misma priesa me ha hecho ser más extenso de lo que pensaba. Para decir algo sin escribir ó hablar mucho, se requiere ó tiempo y meditacion, ó gran brío de la mente: y todo me ha faltado.

Por dicha, el Conde de Casa-Valencia, con el discurso que leyó ántes, recompensó, con paga adelantada y no viciosa, la paciencia que gastásteis en oirme; y no dudo que seguirá pagando este favor, auxiliándonos en nuestras tareas, con la discrecion y laboriosidad que le son propias y con la erudicion y el ingenio de que nos ha dado hoy gallarda muestra.

SOBRE EL FAUSTO DE GOETHE